

obligada ó absuelta del juramento de fidelidad.

En el día señalado concurrieron de toda Alemania á Tribur, con la resolución de deponer al rey Enrique y de elegir otro en su lugar. Ha debido notarse, en efecto, que la palabra *deposicion* no se encuentra en el decreto de San Gregorio VII, el cual, despues de haber hablado de los crímenes de Enrique, declara solamente que por esto le contradice y absuelve á todos los cristianos del juramento que le han hecho, prohibiendo servirle como rey. Y esta sentencia, pronunciada por San Gregorio en calidad de Soberano Pontífice, puede decirse que al mismo tiempo la había pronunciado en calidad de árbitro, si se considera que siendo Enrique un rey electivo y habiéndose presentado contra él despues de su elección graves quejas ante el tribunal del Papa, este había dado su fallo en una causa en que se le había tomado por árbitro; sentencia cuyas resultas podía prevenir y evitar Enrique no persistiendo en su rebelion contra la Iglesia, pero cuyas consecuencias le hizo sufrir su obstinacion. Concurrieron tambien á Tribur dos legados de la Santa Sede, Sigehardo, patriarca de Aquileya, y Altmano, obispo de Passau. Tenia este mucha reputacion de virtud, y en efecto llevaba una vida del todo apostólica, lo que no bastó para impedir que el rey le arrojase de su diócesis á mano armada. Refugióse á Roma, espuso al Papa San Gregorio lo ocurrido y aun renunció su Silla en manos del Pontífice, porque tenia escrúpulo de haber recibido la investidura de un lego. Obligóle el Papa, á pesar de la mucha resistencia que opuso, no solo á tomar de nuevo el obispado, sino tambien á volver á Alemania en calidad de legado apostólico. Acompañáronle algunos legos piadosos, que eran antes poderosos señores y estaban á la sazón reducidos á la vida privada por un espíritu de humildad y de

abnegacion. Llevaban el encargo de declarar á todo el mundo de parte del Papa que el rey Enrique había sido excomulgado por justas causas, y de ofrecer el consentimiento y la intervencion de la autoridad del Papa para la elección de otro rey.

Empleáronse en la asamblea siete días enteros en deliberaciones y exámenes. Se hizo presente toda la vida del rey Enrique, los vergonzosos delitos con que había manchado los primeros años de su juventud, y las injusticias que había cometido en perjuicio del Estado y de los particulares. Se dijo que había despojado á los señores para elevar á las primeras dignidades á unos hombres de humilde nacimiento, por cuyo medio se proponia destruir la nobleza; que dejando en paz á los bárbaros y á los infieles había vuelto sus armas contra sus propios vasallos, y causado turbulencias y terribles estragos en el reino que sus padres le habían dejado en un estado muy floreciente; que había arruinado las iglesias y monasterios, y empleado las rentas de los altares en edificar fortalezas, no para la seguridad del país, sino para esclavizar á una nacion libre; que por los arrebatos y extravagantes caprichos de un solo hombre no había ya en ninguna parte apoyo para los menesterosos, ni refugio contra la violencia y la perfidia, ni respeto á las leyes, ni rastro de honestidad en las costumbres, ni dignidad en el imperio, ni autoridad en la Iglesia. De este preámbulo sacaban la consecuencia de que el único remedio para tantos males y el preservativo necesario para evitar la última calamidad, era elegir cuanto antes otro rey, capaz de dar la firmeza conveniente al Estado que estaba al borde de su ruina.

Mientras deliberaban de este modo en Tribur, el rey, de cuya suerte se trataba, y que se hallaba á la sazón en Oppenheim, ciudad situada un poco mas arriba al lado

de acá del Rhin, enviaba con frecuencia diputados con el encargo de hacer las promesas mas brillantes; llegó hasta ofrecer que abandonaria á los grandes el gobierno del reino, con tal que le dejasen á él el nombre y las insignias de la dignidad Real. Pero le contestaron que no podian tener ninguna seguridad en sus ofertas, pues los había engañado tantas veces con sus frecuentes perjuros; que habiéndolos absuelto el Sumo Pontífice de los juramentos que le habían prestado, querian aprovecharse de una ocasion tan favorable para elegir un rey bueno, y que en conciencia ni aun podian comunicar con él despues que había sido excomulgado. Dispusiéronse al punto á pasar el Rhin para acometer al rey; pero la reflexion contuvo en el momento decisivo aun á los mas osados, y así enviaron á decirle que querian referirse todavía al juicio del Papa; que verian si podian inclinarse á que pasase á Augsburgo para la fiesta de la Purificacion; que despues de oír á las dos partes en presencia de todos los grandes del reino, el Papa condenaria á Enrique ó le enviaria absuelto; y que si por su culpa el rey no ponía los medios para ser absuelto antes de cumplir el año y día de su excomunion, quedaria privado del reino sin ninguna esperanza de volver á poseerle. En caso de que aceptase estas proposiciones, pedian para seguridad de su buena fé que alejase de sí á todos los excomulgados, y retirase la guarnicion que había puesto en Worms.

Teniendo á gran dicha Enrique el liberarse de una desgracia completa, aceptó estas condiciones vergonzosas y se retiró á Spira, donde vivió algun tiempo segun se le había prescrito. Volvieron los señores triunfantes á sus casas despues de haber enviado diputados al Papa, así para instruirle de lo que había ocurrido como para suplicarle que no dejase de concurrir á

Augsburgo en el día señalado. Pero el rey juzgó que no era seguro esperar la llegada de aquel juez severo, á quien no dejarían de irritar mas y mas los muchos acusadores que se presentarían á declarar contra él; y lo que mas temía era el que espirase el término que se le había fijado para que dentro de él alcanzase la absolucion. Resolvióse por tanto á presentarse al Papa en Italia, y á procurar obtener su absolucion á cualquier precio que fuese. Púsose en camino pocos días antes de Navidad de este año de 1076 con su muger y su hijo, el cual era muy niño, abandonado de toda la nobleza, escepto un solo alemán de distincion (1), y sin haber hallado apenas auxilio alguno en las demas clases del Estado; teniendo además que dar un largo rodeo, porque los duques de Baviera y Carintia habían puesto guardas en todos los pasos de los montes que separan la Alemania y la Italia. Encaminóse, pues, por Borgoña, cuyo duque, llamado Guillelmo, era tío de su madre, y desde allí entró en Saboya, donde el conde Amadeo, aunque era cuñado suyo, no quiso concederle el paso sino mediante la cesion de una provincia. Padeció infinito en la travesia de los Alpes, á causa del rigor de aquel invierno, que fué tan largo y cruel que estuvo helado el Rhin desde el día de San Martín hasta el mes de abril. Ni la abundancia de las nieves en que se esponía á quedar sepultado, ni los helados declives de las horribles simas que á cada paso le ofrecían un precipicio, nada fué capaz de detenerle; y parecia que todo su temor era que pasase el término que le habían fijado sus vasallos para obtener la absolucion.

Sin embargo, los obispos y señores de Lombardia fueron á buscarle como á competencia, luego que supieron que estaba en

(1) Lamb. p. 46.

Italia, adonde no se había cesado de invitarle á ir desde el principio de su reinado. Vióse en pocos dias al frente de un ejército formidable. Había corrido la voz de que irritado el rey contra el Papa iba con ánimo de deponerle; y los lombardos excomulgados se aprovechaban de aquella ocasion, así para vengarse de San Gregorio, como para perpetuar el libertinage por el que incurrieron en la excomunion. Pero Enrique quería absolutamente quedar absuelto antes del término, cuya proximidad le estremecía.

Habiase ya puesto en camino el Papa para ir á la asamblea de Ausburgo, y le acompañaba la condesa Matilde con un séquito y fuerzas respetables. Era Matilde señora de una parte muy principal de Italia; á saber, de la Toscana, del país de Luca, de Parma, de Reggio y de Mantua. Habiendo quedado viuda, á los treinta años de edad, de Godofredo el Jorobado, duque de Lorena, que fué asesinado en Amberes y había sido siempre muy fiel al rey Enrique, estaba casi siempre al lado del Papa, á quien mostraba el afecto de una hija para con su padre. Esta circunstancia sirvió de pretexto principalmente á los clérigos estragados, que son los mas licenciosos en sus juicios así como lo son en su conducta, para acusarla de un comercio criminal con Gregorio. «Pero todas las personas sensatas, dice el historiador Lambert (1), veían tan claro como la luz del medio día que todo esto no era mas que una calumnia. Matilde había dado pruebas de su virtud en ocasiones infinitamente mas criticas. Era la mas absurda calumnia (continúa) acusarla de fragilidad con un anciano, en quien la condesa Beatriz su madre la había acostunibrado á no ver mas que al Vicario de Jesucristo. Hubiera sido absolutamente imposible que á no ser quimérico este delito quedase en

(1) Lamb. pag. 234.

el estado de una mera sospecha, porque la princesa no habría podido ocultar su mala conducta á tantos ojos enemigos que la estaban observando de continuo. El Papa Gregorio por su parte, dice tambien Lambert, hacía una vida tan ejemplar y tan pura, que muchas veces la acreditó el cielo con milagros.»

Sabiendo Matilde en el camino la llegada del rey á Italia, inclinó al Papa á retirarse cerca de Reggio á la fortaleza de Canossa, distinta de la ciudad del mismo nombre situada en el reino de Nápoles, con el objeto de observar allí la conducta del rey y penetrar sus intenciones, que eran interpretadas de muy distintas maneras. Llegaron entretanto á Canossa muchos obispos y señores alemanes á quienes había excomulgado el Papa, y por esta razon los había separado el rey de su persona. Habiendo llegado á Lombardia, despues de haber estado espuestos á mil peligros como el príncipe, fueron descalzos y vestidos de lana á pedir la absolucion al Pontífice. Respondió este que nada deseaba con mas ardor que la reconciliacion de los pecadores; pero que una obstinacion tan larga pedia penitencia y pruebas convenientes. Como se mostraron sumisos á todo lo que quisiera prescribirles, mandó que estuviesen los obispos en celdas separadas, privados de toda comunicacion y reducidos á una comida frugal que debían tomar al anochecer. A los señores les impuso penitencias conformes á su estado, y proporcionadas á las fuerzas de cada uno de ellos. Despues que pasaron de este modo algunos dias los llamó, los reprendió sin acrimonia, les dió la absolucion, y los despidió encargándoles que no comunicasen con el rey Enrique, ni le hablasen como no fuese para escitarle á penitencia.

En fin, tomó Enrique las disposiciones mas eficaces para que se le absuelto. Despues

de haber logrado tener una conferencia con la condesa Matilde, hizo que esta señora se presentase al Papa (1) con la comision de prometer cuanto se exigiese, y de dar todos los testimonios posibles de sumision y respeto; y consiguió además Enrique que su suegra la condesa de Saboya y el conde su hijo acompañasen á Matilde con algunas otras personas de las mas apreciadas para el Pontífice, de cuyo número fué San Hugo de Cluny. Llevaban el encargo de pedir la absolucion para el rey y de dar á entender al Papa la injusticia de las acusaciones apasionadas de los alemanes. Respondió San Gregorio que los cánones prohibían examinar á un acusado estando ausentes sus acusadores, y que si el rey se creía inocente no debía temer la asamblea de Ausburgo, donde el Vicario de Jesucristo decidiera segun las reglas de la equidad sin aceptacion de personas y sin ninguna preocupacion. Replicaron los diputados que no temían el rey sujetarse al juicio del Papa en cualquier parte que fuese, sino que le estrechaba el año de su excomunion, pues estaba próximo á espirar, y que luego que se cumpliese le declararían los señores privado para siempre de la dignidad Real sin querer oírle. «Por tanto, añadieron, os suplicamos que absolvais al rey de la excomunion solamente, y con las condiciones que gustéis, supuesto que promete justificarse luego de las acusaciones formadas contra él, y en caso de no ejecutarlo, ofrece renunciar la corona.»

Como San Gregorio tenía bastante experiencia de la ligereza del rey Enrique, estuvo dudando algun tiempo, y respondió despues: «Si está verdaderamente arrepentido, ponga en nuestro poder la corona y las demas insignias de la dignidad Real, y declárese indigno de ellas.» Juzgando los

(1) Lamb. pag. 249 et seq.

mediadores que estas condiciones eran demasiado duras, suplicaron al Papa que no hiciese de modo que aquel príncipe se dejase llevar á peligrosos extremos. Cediendo por último San Gregorio, aunque con mucho trabajo, «Venga (dijo) y repare con su sumision la injuria que ha hecho á la Santa Sede.» Fué el rey en efecto á la fortaleza de Canossa, dejando fuera toda su comitiva, y entrando él solo en la plaza, que tenía tres órdenes de murallas. Se le mandó que se quedase en el segundo, sin ninguna señal de dignidad, sin calzado, y sin mas ropa que una capa de paño muy grueso. De este modo pasó el resto del día, y los dos siguientes sin tomar mas alimento que un poco de pan que le daban al anochecer.

En fuerza de las repetidas instancias de la condesa Matilde y del santo abad de Cluny, de quien hacía el Papa un aprecio muy particular, fué admitido Enrique á los cuatro dias á la audiencia pontificia. Despues de muchas discusiones se determinó que se le absolvería con las condiciones siguientes: que compareceria Enrique ante los grandes de Alemania en el día y lugar que indicase el Papa, y que allí respondería á las acusaciones de que había de ser juez el Sumo Pontífice: que con arreglo á esta decision conservaría ó dejaría la corona, sin intentar jamás ninguna venganza por estos procedimientos; que entretanto no llevaría ninguna insignia de la dignidad Real, ni tendría ninguna parte en el gobierno del Estado sino para cobrar las rentas que exigiese la manutencion de su casa; que el efecto de los juramentos que se le habían prestado, quedaría suspenso en este intervalo; que apartaría para siempre de su presencia á las personas que le habían dado malos consejos, y en especial á Roberto, obispo de Bamberg; que si se justificaba y conservaba la dignidad Real, se mostraría siempre sumiso al

Gefe de la Iglesia, y le ayudaria con todo su poder á corregir en su reino los abusos contrarios á las leyes eclesiásticas; y en fin, que si faltaba á alguna de estas condiciones seria nula la absolucion, quedaria condenado irrevocablemente, y los grandes en plena libertad para elegir otro soberano.

Aceptó Enrique todas estas cláusulas, y firmó el acta solemne en que se estendieron. Quiso tambien el Papa que los mediadores del tratado fuesen garantes de él, y juraron todos sobre las santas reliquias, excepto el abad de Cluny, que por razon de su carácter empeñó sencillamente su palabra en presencia de Dios. Tomadas todas estas precauciones fué absuelto el rey, y despues celebró el Papa el santo Sacrificio de la misa. Despues de la consagracion, llamó al penitente y á sus antiguos cómplices, tomó en la mano el Cuerpo de nuestro Señor, y habló en estos términos: «Me habeis acusado de que he usurpado la Santa Sede, y de que he cometido antes y despues de mi entrada en el pontificado unos delitos que me hacen indigno de esta sagrada dignidad. Aunque estoy bastante justificado con la virtud de los autores de mi promocion, y con el testimonio de los que han presenciado toda mi conducta desde mi infancia, sin embargo, para disipar hasta las menores sombras, sea en este momento el Cuerpo de Jesucristo una prueba de mi inocencia; ó si soy culpable, entre solamente en mi seno para darme la muerte.» Dichas estas palabras, dividió la santa hostia y consumió la mitad á vista del pueblo, el cual dió mil gritos de alegría y de bendicion.

Imponiendo despues silencio, dijo al rey (1): «Haz, hijo mio, si quieres, lo que me has visto hacer. Los señores alemanes te imputan una porcion de delitos que te

(1) Lamb. pag. 250.

excluyen para siempre, no solo de la Comunión de los fieles, sino tambien de toda funcion civil y política. Supuesto que temes el error de los juicios humanos, á los cuales quieren que te sujetes; si te sientes inocente, toma esta otra mitad de la victima sagrada, y cierra así la boca á todos tus enemigos. En tal caso, nadie mostrará mas actividad que yo para reconciliarte con los grandes, y terminar de una vez las inquietudes de los ciudadanos y el escándalo de los fieles.» No esperaba el rey este género de desafío. Sorprendido y sin saber qué hacerse, retrocedió algunos pasos, habló aparte con sus confidentes, y deliberó lleno de temor y de sobresalto acerca del partido que debia tomar. Habiéndose tranquilizado un poco, respondió, que hallándose ausentes casi todos sus acusadores y los grandes del reino, darian poco crédito á todo lo que hiciese para justificarse, y que suplicaba al Papa reservase enteramente el asunto para la dieta general. Condescendió el Pontífice con la súplica del rey, y sin embargo le dió la Comunión. Le convidó tambien á comer al salir de la misa, y le trató con mucho honor. Despues de instruirle con particular cuidado en todo lo que debia observar, le envió con sus gentes que se habian quedado fuera de la fortaleza. Sin perder un momento escribió el Papa á los señores de Alemania todo lo que acababa de pasar, y les participó que estaba resuelto á ir á su pais para procurar definitivamente la paz de la Iglesia y del Estado.

No se olvidó de hacer fuesen tambien absueltos los excomulgados de la comitiva del rey, para que este príncipe no volviese á incurrir en la excomunion comunicando con ellos. Pero luego que Eppon, obispo de Ceitz, á quien se dió este encargo (1), espuso á los lombardos el objeto de su lega-

(1) Lamb. pag. 250 y 251.

cion, se sublevaron con la mayor audacia contra el Papa, tratándole de usurpador y de simoníaco, de deshonorado con homicidios, con adulterios y con todo género de maldades, y de excomulgado por todos los obispos de Italia. Añadieron, que el rey se habia cubierto de un oprobio eterno, sometiéndose á un herege que se titulaba Pontífice, abandonándolos vilmente despues que se habian declarado por él con tanto valor contra un enemigo público, y en fin, haciendo traicion á la Iglesia y al imperio. Estas violentas invectivas, esparcidas por el pueblo, produjeron una sublevacion general contra el rey. Fué tal el descontento que se advirtió en el espacio de muy pocos dias, que se resolvió unánimemente separar al rey Enrique, poner en su lugar á su hijo, aunque era todavia un niño, llevarle desde luego á Roma, y elegir allí otro Papa que le coronase emperador y anulase, decian, todo lo que habia hecho Hildebrando.

Consternado el rey con esta rebelion, envió todos los señores que tenia consigo para que aquietasen á los lombardos, haciéndoles presente, que si habia procedido de aquel modo era por la necesidad urgentísima de quedar absuelto antes que se consumase la rebelion en Alemania. Pero los señores de Lombardia, á quienes la sumision de Enrique quitaba la esperanza de seguir vendiendo como antes, los beneficios á los simoníacos bajo su proteccion y á ejemplo suyo, le abandonaron casi todos. Las ciudades que estaban en el camino que llevaba el rey, creian hacer demasiado con no cerrarle las puertas. Por último, juzgó que el único medio de adquirir lo perdido era romper el tratado que acababa de concluir, y le rompió en efecto á los quince dias. Llamó, pues, á sus ministros y á sus confidentes excomulgados, empezó á declarar contra el Papa, é invitó á los lombardos á que concurriesen con él á vengar

sus injurias comunes. Con este artificio volvió á conciliarse sensiblemente su afecto, y en muy poco tiempo tuvo á sus órdenes un ejército numeroso.

Al contrario, los alemanes se empeñaron mas y mas en su primera resolucion. Los duques Rodolfo, Guelfo y Bertoldo con los obispos de Maguncia, de Wirsburgo, y de Metz y gran número de señores convocaron á todos los demas en Forchein, ciudad de Franconia, para el dia 13 de marzo (1077), y al mismo tiempo escribieron al Papa, diciéndole que pues Enrique con sus ardidés no le habia permitido hallarse en Augsburgo el dia de la Purificacion, no dejase á lo menos de concurrir á Forchein para el dia que se señalaba de nuevo. Estaba todavia San Gregorio en Canossa, ó en alguna otra de las fortalezas inmediatas, resuelto á no volver á entrar en Roma hasta haber efectuado el viage á Alemania. Aunque se hallaba muy bien informado de la mudanza de Enrique, le envió legados para advertirle que aun era tiempo de cumplir sus promesas, y para exhortarle á que concurriese á Forchein, donde se decidiria su causa de un modo completo y definitivo por el Gefe de la Iglesia. Disimulando el rey por su parte, respondió que era demasiado corto el término de la citacion, atendida la multitud de asuntos mayores que tenia que despachar en el primer viage de Italia, y pidió al Papa el permiso para recibir del modo acostumbrado la corona de Lombardia; lo que rehusó San Gregorio diciendo, que solo le habia admitido á la comunión de la Iglesia, y no á la dignidad Real, «para lo cual, añadia, era indispensable el consentimiento de los grandes.» Y en efecto, como gefe de la sociedad cristiana, el Papa, sin deponer por sí mismo al rey Enrique, no habia hecho mas que declarar que el pueblo no estaba ya obligado á guardarle obediencia, porque el príncipe habia violado públicamente sus promesas para con sus súbditos.